

EL ARPA DEL CREYENTE.



PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

INFLUENCIA

DE LA CIVILIZACION.

EN LA CIVILIZACION.

ARTICULO SEGUNDO.

DEJAMOS al mundo en nuestro artículo anterior, sufriendo uno de aquellos prolongados paratismos que suceden generalmente en el cuerpo humano por exceso de vitalidad é irritacion nerviosa. Apenas alcanza á comprender nuestro pobre entendimiento cómo, despues que el hombre llega casi al dintel de la perfection en el alcázar de las letras y las bellas artes, puede hundirse en el abismo de la ignorancia, perdiendo hasta la memoria de lo pasado, hasta el estímulo del porvenir. Con todo no deja de tener explicacion esta maravillosa decadencia. La civilizacion pagana llevaba en su mismo seno un veneno, que desarrollando súbitamente su maligna actividad, podia hacer que la muerte la sorprendiese en medio de la embriaguez de su gloria, en la cumbre de su poderío.

El politeismo debía desvanecerse al primer rayo de luz emanado de la razon, y en tanto que los hombres encontrasen el verdadero Dios, debian estar vagando mas ó menos tiempo por el sombrío campo de la duda y de la increduli-

dad. Las leyes humanas son impotentes por sí solas para conservar la pureza de costumbres, y una vez corrompidas estas, las leyes son libros escritos en la frente de los pueblos, cuyos ojos no pueden verlas, y que están allí grabadas para padron de su ignominia. La esclavitud era tambien otro de los agentes mortíferos que minaban la existencia de aquella sociedad dividida en siervos y señores. Ambos eran recíprocamente enemigos irreconciliables, y ambos debian perecer. Los unos tenian en su mano el azote y las riquezas, y los otros el encono siempre vigilante y el ejercicio de las artes: la corrupcion de aquellos era una consecuencia inevitable de su opulencia, y el odio y deseo de venganza de estos son tan inherentes á su espíritu, como las cadenas á sus pies.

Jesucristo derrocó la idolatría, y abolió la esclavitud: es decir, destruyó los dos principales elementos que hubieran despoblado el mundo antes, si es lícito decirlo así, antes de los decretos de la Providencia.

En la edad media los vasallos y pecherós sucedieron á los esclavos; la ignorancia hizo olvidar al hombre su propia dignidad, y la fuerza supo aprovecharse de la inercia y ceguedad de la ignorancia. De las ruinas de los antiguos imperios, que no estaban tranquilos mientras conocian límites, salieron otra infinidad de señorios pigmeos como fragmentos de una losa de mármol que se quiebra en mil pedazos. Tantas ciudades, tantos señores habia, que paseándose por las almenas de su castillo abarcaban de una mirada la estension de su dominio. Los hombres nacia entonces como los guerreros armados de Cadmo para devorarse unos á otros: los que perdonaba la espada no se libraban del veneno: los odios se heredaban, no se extinguian con la muerte, y los soberbios tiranuelos hasta quisieron poner la

punta de su puñal en los labios de la Religión, que les echaba en cara sus vicios. ¿Qué mas? Ni los muros de los templos sirvieron de dique á las negras olas de este mar cenagoso, y muchos de los ministros sagrados creyeron que Jesucristo aborrecía menos la efusión de sangre humana, que el Dios terrible de Israel que eliminó de los combates á la tribu de Levi. Tal vez se figuraron que el acero y las llamas eran mas eficaces que la persuasión para estender la doctrina de paz y caridad, haciendo tamaña ofensa al Dios de mandamiento, y olvidando sus palabras, *dimite gladius.*

En este caos de horror y de ignorancia, de odios y guerras parciales en que la administración de justicia por la interdicción de fuego y agua era un atentado contra la Providencia divina, ¿qué hombre era bastante poderoso á reunir contra un enemigo comun tanto esfuerzo malgastado sacrilegamente? ¿Quién podía apaciguar los odios, y hacerse respetar como caudillo, donde todos lo eran, derrocar el feudalismo, y echar los cimientos de la monarquía? De nada servía el valor personal: bajo este aspecto todos eran unos Aquiles con su misma impetuosidad indómita, con sus mismas brutales pasiones. Por otra parte las tinieblas eran ya tan densas, que no bastó á disiparlas un brillante meteoro como Carlo-Magno; era preciso un astro de inmensa lumbré. Un simple ermitaño, sin mas armas que un crucifijo, sin mas elocuencia que su entusiasmo, sin mas aparato que su tosco sayal, cruzó entonces la Europa, y con los ojos clavados en la muchedumbre, y con su mano señalando á Jerusalén, suscita en el corazón de los pueblos el adormido sentimiento religioso, y todos se apresuran, se agolpan, se atropellan á rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles. A su voz cesan los combates fratricidas, obedecen por vez primera los monarcas y señores feudales; y si hay obstáculos que vencer, reveses que sufrir, plagas y miserias que sobrelevar, allí resuena la voz de Pedro que los alienta, diciendo: ¡MARCHEMOS! ¡DIOS LO QUIERE!

Este fué el primero y mas terrible golpe que recibió la cerviz del feudalismo: este paso abrió las puertas á la civilización: á la voz de aquel Apóstol apareció en el mundo otra nueva sociedad. Sociedad fantástica á los áridos ojos de este siglo; sociedad que á todo el valor de los antiguos, semi-dioses griegos y héroes romanos, reunió todas las virtudes del cristianismo. Desde entonces puede decirse que el amor á la Patria cedió el campo al amor de la humanidad, el rencor á la nobleza, el soldado al caballero.

Parece imposible concebir cómo tan pronto sucedieron á las Cruzadas tantas instituciones que marcan unas tendencias sociales de la mayor importancia. Al punto se congrega el primer concilio general que habia tenido la Iglesia; se erigen célebres universidades; se fundan las órdenes militares; aparecen los trovadores en el mediodía de Francia, y los célebres Pedro Lombardo, Tomás de Aquino, Alberto Magno y Raimundo Lulio. Desde ese tiempo la civilización

marchaba á pasos de gigante, y á manera que en el diluvio universal se rompieron las entrañas de las rocas y las cataratas del Cielo para inundar el orbe, brotaban ahora espontáneamente manantiales de ilustración. Pero nótese que todo génio que aparecía llevaba en su esencia el sello de la religión, de la mano que lo impulsaba. El primero que brilla es el Dante, que en su *Divina Comedia* lanzó tonos de su rizada lira, que jamás pudo aprenderlos en las de Homero y Horacio. El Petrarca en sus odas y sonetos amatorios marcó todavía mas el carácter de la nueva poesía. Antiguamente el amor, por mas que tuviese los atributos de un Dios, era un instinto brutal, una pasión bastarda, que en boca de Anacreonte, Ovidio y Horacio llenaba de rubor la frente menos púdica: Petrarca habia bebido otros sentimientos en la fuente de la caballería andante, y purificó esta pasión de toda mezcla terrena, dándole formas angelicales, haciendo de ella un culto, descubriendo misterios desconocidos, y goces purísimos y supremos en el temor y la esperanza, que deben ser destellos del goce de los bienaventurados.

En el siglo de Leon X ya desplegó sus alas la civilización, y bajo de ella se covijaba el occidente. Por demas fuera nombrar los grandes hombres que crecieron á su sombra: arquitectos eminentes; pintores que oscurecieron la fama tradicional de Apeles; escultores que rivalizaron con el autor del grupo de Laoconte; poetas que se igualaron á Homero; filósofos; políticos eminentes; todo esto bullia en torno de la silla pontificia. El siglo de Leon X enjendró el de Felipe II en España, este el de Luis XIV, y ya desde aquel tiempo si la civilización hundia la frente en esta zona era para erguirla mas brillante en la otra.

Las Carabelas de Colon, que fueron á llevar tantos beneficios á un nuevo mundo, tambien volaron al soplo del pensamiento religioso que henchia sus velas, y el primer uso que se hace de la grande invención de la imprenta es para una Biblia y un libro de un Santo Padre.

En vano á fines del siglo XVIII se quiere escarnecer este pensamiento fecundo; en vano se intenta menoscabar la gloria de los poetas que saciaron sus sedientos labios en raudales mas puros que en los de Helicon; los mismos propagadores de esta doctrina deben á su despecho las mas sublimes inspiraciones al arpa santa de la Religión. Chateaubriand les contesta con ejemplos mas que con razones; y la multitud que arrebató la *Atala*, y luego el resto del *Génio del Cristianismo*, contesta victoriosamente á los que solo en las fábulas mitológicas hallaban la inspiración y el buen gusto.

Hemos corrido el espacio de 18 siglos á la manera que el ave de paso la multitud de los campos de su transmigración: que si se para un instante en la rama de un árbol á tomar aliento, tiene luego que apresurar su vuelo para llegar al punto deseado. No hemos hecho mas que indicar ideas y señalar hechos, base del pensamiento, que en las columnas de este periódico

nos proponemos desenvolver mas detenidamente. Sin este propósito no hubiéramos aventurado estos dos artículos, que no son mas que un tosco y desaliñado bosquejo del cuadro que tenemos concebido.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

MORAL.

EL AMOR EN EL MATRIMONIO.

La sensibilidad es un deber en el matrimonio: en cualquiera otra relacion contraida, la virtud puede bastar; pero en aquella en que los destinos están ligados, en aquella en que un mismo impulso, digámoslo así, hace latir dos corazones un afecto profundo, es casi un lazo necesario. La ligereza de las costumbres ha introducido tantos pesares entre los esposos, que los moralistas del último siglo tomaron el hábito de hacer surtir todos los goces del corazón, del amor paternal y maternal, y concluían casi por no considerar el matrimonio sino como la condicion precisa para disfrutar de la dicha de tener hijos. Esto es falso con respecto á la moral, y mas falso aun con respecto á la dicha.

Es cosa tan natural el ser bueno para con los hijos, que de esto no se debe hacer mérito alguno. En sus primeros años no pueden tener otra voluntad que la de sus padres, y desde que llegan á la juventud existen por sí mismo. Justicia y bondad son solo los principales deberes de una relacion que la naturaleza hace tan fácil. No hay, pues, aquí punto de semejanza con aquella mitad de nosotros que puede encontrar la dicha ó la desgracia en la menor de nuestras acciones, de nuestras miradas, de nuestros pensamientos. Ahí es donde puede practicarse la moralidad entera, ahí es donde existe el verdadero manantial de toda la felicidad.

Un amigo de la misma edad, junto al cual debeis vivir y morir; un amigo cuyos intereses todos son los vuestros, cuyas perspectivas, incluso la de la tumba, están de común con vos; hé ahí el sentimiento que contiene toda la suerte. A veces, es verdad, vuestros hijos, y con mas frecuencia aun, vuestros parientes, se os hacen compañeros en la vida; pero este raro y sublime goce es combatido por las leyes de la naturaleza, mientras que la asociacion del matrimonio está conforme con toda la existencia humana.

¿De donde viene, pues, que esa asociacion tan santa se vea tan amenudo profanada? Me atreveré á decir que esto depende de la desigualdad singular que pone entre los deberes de los dos esposos la opinion de la sociedad. El Cristianismo ha sacado á las mujeres de un estado que se asemejaba á la esclavitud. La igualdad ante Dios, siendo la base de esta admirable religion, tiende á mantener la igualdad de los derechos sobre la tierra; la justicia divina, la única perfecta, no admite ningun género de privilegios, y el de la fuerza menos que ningun otro.

No obstante, aun quedan preocupaciones de la esclavitud de las mujeres, que combinándose mal con la libertad que la sociedad las deja, han producido muchos males.

Razon hay es verdad para escluir á las mujeres de los negocios políticos y civiles; nada es mas opuesto á su vocacion natural que todo aquello que las diera relaciones de rivalidad con los hombres; y la gloria misma no podria ser para una mujer sino un luto brillante de felicidad. Pero si el destino de las mujeres debe consistir en un acto continuo de abnegacion al amor conyugal, la recompensa de esta abnegacion es la fidelidad del objeto de ella.

La religion no establece ninguna diferencia entre los deberes de los dos esposos; pero el mundo establece una bien grande, y de esta diferencia nace la astucia en las mujeres, y el resentimiento en los hombres. ¿Qué corazón puede entregarse entero sin aspirar á otro corazón tambien entero? ¿Quién acepta de buena fé la amistad por premio del amor? ¿Quién promete sinceramente la constancia á quien no quiere ser fiel? Sin duda la religion puede exigirlo, pues ella sola tiene el secreto de esas regiones misteriosas en que los sacrificios son un goce; pero qué injusto es el cambio que el hombre se propone hacer á su compañera!

«Os amaré, la dice, con pasión dos ó tres años, y despues, al cabo de este tiempo, os hablaré en «razon.» Y lo que ellos llaman razon es el desencanto de la vida. «Mostraréme en mi casa frio y fastidiado; procuraré agradar en otras partes; pero vos, que comunmente teneis mas imaginacion y sensibilidad que yo; vos que no teneis ni carrera, ni distraccion, mientras que el mundo me las ofrece de todo género; vos que existis solo para mí, mientras que yo tengo otros mil pensamientos, quedareis satisfecha con el afecto subordinado, frio, dividido, que me conviene concederos, y tendreis que desdeñar todos los homenajes que expresen sensaciones mas exaltadas y mas tiernas.»

¿Qué trato tan injusto! Todos los sentimientos humanos se resisten á él. Existe un contraste singular entre las formas de respeto para con las mujeres, que el espíritu caballeresco ha introducido en Europa, y la tiránica libertad que los hombres se han abrogado. Este contraste produce todas las desgracias del sentimiento, los lazos ilegítimos, la perfidia, el abandono y la desesperacion. Las naciones germánicas han sido menos combatidas que las demas por tan funestos efectos; pero deben temer la influencia que á larga distancia ejerce la civilizacion moderna. Mucho mas vale encerrar á las mujeres como esclavas, y no excitar su talento ni su imaginacion, que lanzarlas en medio del mundo y desarrollar sus facultades, para rehusarlas despues la felicidad que esas facultades hacen necesaria.

Hay en el matrimonio desdichado una fuerza de dolor, que excede á todas las demas penas de este mundo. El alma entera de una mujer descansa sobre el lazo conyugal: luchar sola contra la suerte, adelantarse hacia el ataúd, sin que un amigo os sostenga, sin que un amigo os eche menos, es un aislamiento, del cual los desiertos de la Arabia no dan mas que una idea muy débil; y cuando todo el tesoro de vuestros floridos años ha sido ofrecido en vano; cuando no esperais ya para el fin de la vida el reflejo de esos primeros albores; cuando el crepúsculo no tiene ya nada que recuerde la aurora, luciendo pálido descolorido como un livido espectro, precursor de la noche, vuestro corazón se marchita, os parece que se ha privado de los dones de Dios sobre la tierra; y si amais aun á aquel que os trata como esclava, puesto que el no os pertenece, puesto que dispone de vos, la desesperacion se apodera de todas las facultades, y la conciencia misma se turba bajo el peso de las desgracias.

Las mujeres podian dirigir al esposo, que tan ligeramente trata su destino, aquellos dos versos de una fábula

Lo que es juego para tí,
Es la muerte para mí.

Y mientras que no se haga en las ideas una revolución cualquiera que cambie la opinión de los hombres sobre la constancia que les impone el lazo del casamiento, habrá siempre entre los dos sexos guerra secreta, eterna, astuta, pérfida, y en la cual sufrirá mucho la moralidad de ambos.

La pureza del alma y de la conducta es la primera gloria de una mujer. ¿Qué ser tan degradado sería sin la una y sin la otra! Pero la felicidad general y la dignidad de la especie humana no ganaría menos quizá en la fidelidad del hombre en el matrimonio.

En efecto, ¿qué hay mas bello en el orden moral que un joven que respeta tan augusto vínculo? La opinión no se lo exige, la sociedad le deja libre: una especie de mofa bárbara vendría también a marchitar hasta las quejas del corazón que él hubiese destrozado; pues el vituperio se dirige fácilmente contra las víctimas. Así, pues, él es el dueño; pero se impone deberes: ningún inconveniente le resultará de sus faltas; pero teme el mal que puede hacer á la que le ha confiado su corazón, y la generosidad le encadena mas, que la sociedad le desprende.

Ordénase la fidelidad á las mujeres por mil consideraciones diversas: ellas pueden temer los peligros y las humillaciones, consecuencias inevitables de un error: la voz de la conciencia es la sola que se hace oír al hombre; sabe que hace sufrir; sabe que marchita con la inconstancia un sentimiento que debe prolongarse hasta la muerte, y renovarse en el Cielo: solo consigo mismo, solo en medio de todo linaje de seducciones permanece puro como un ángel, pues si los ángeles no han sido representados bajo las formas de mujeres, es porque la unión de la fuerza con la pureza es mas bella y mas celestial aun, que la modestia mas perfecta en un ser débil.

La imaginación, cuando no tiene por freno el recuerdo, desune de lo que se posee, embellece lo que se teme no obtener, y hace del sentimiento una dificultad vencida. Pero lo mismo que en las artes, las dificultades vencidas no exigen verdadero genio, en el sentimiento es menester seguridad para experimentar esos afectos, prenda de la eternidad, puesto que ellos solos nos dan la idea de lo que no puede concluirse.

El joven fiel parece cada día preferir de nuevo lo que ama; la naturaleza le ha dado una independencia sin límites, y por largo tiempo verá lejos de sí los días aciago de la vida: su caballo puede conducirle al fin del mundo: la guerra de que está ebrio le aparta, á lo menos momentáneamente, de las relaciones domésticas, y parece reducir todo el interés de la existencia á la victoria ó á la muerte. La tierra le pertenece; todos los placeres le son ofrecidos; ningún trabajo le asusta; ninguna asociación íntima le es necesaria; estrecha la mano de un compañero de armas, y el lazo que le era preciso queda ya formado. Tiempo vendrá sin duda en que el destino le revelará sus terribles secretos; pero esto no le infunde pavor. Cada vez que una nueva generación entra en posesión de su dominio, no cree que todas las desgracias de sus antepasados han provenido de sus flaquezas? ¿No se persuade que han nacido trémulos y débiles como ahora se les ve? Pues bien; en el seno mismo de tantas ilusiones cuán virtuoso y sensible es aquel que quiere consagrarse al eterno amor, lazo que liga esta vida con la otra! Ah! cuán bella es una mirada noble y varonil, cuando al mismo tiempo es modesta y pura! entonces se ve pasar un rayo de ese poder que puede desprenderse de la aureola de las vírgenes santas, aun para ornar la frente de un guerrero.

Si el joven quiere participar con un solo objeto los días brillantes de su juventud, encontrará sin duda entre sus contemporáneos murmuradores viles, terror de los hijos del siglo; pero será digno de mofa acaso aquel que es solo verdaderamente amado? Será digno de mofa aquel que no se divierte en engañar para ser á su vez mas engañado, mas combatido quizá que su víctima? Será digno de mofa, en fin, aquel que no ha buscado la felicidad en las miserables combinaciones de la vanidad, sino en las bellezas eternas de la natura-

leza, que todas hablan de constancia, de duración, de profundidad filosófica?

No; Dios ha hecho del hombre la primera, la mas noble de sus creaciones, y la mas noble es la que tiene mas deberes. Abuso singular es de la prerogativa de una superioridad natural, hacer servir esta prerogativa para romper los vínculos mas sagrados, cuando la verdadera superioridad consiste en la fuerza del alma; y la fuerza del alma es la virtud.

EL SALTO DEL FRAILE.

TRADICION.

(Dedicada á la señorita doña C. de L.)

(Continuación. Véase nuestro número anterior.)

Como para apartar los pensamientos que le abrumaban, llevó su mano á la abrasada frente, y sintió una sortija, prenda de amor de su Teresa; entonces se acordó de la promesa que la hizo de encender la candelada en la cumbre....

Y despertando al Tano, uno de sus compañeros,

— Ya es tiempo, le dijo, de que tu veles; levanta! quédate guardando el sueño á los demás: si pasa gente saldreis á ellos, aunque yo no haya vuelto, y si descubres tropa en crecido número, dispara tu retaco al aire, y huid como podais.

Paquiro tomó por un tortuoso sendero, y se encaminó hacia la altura, y al llegar á ella reunió algunas ramas, y cortando con su puñal un brazo de un árbol, le prendió fuego.

La lluvia empezaba á caer con violencia; la niebla se elevaba de la llanura cada vez mas densa, y el trueno con magestuoso estentóreo zumbido retumbaba en la espaciosa bóveda de los Cielos.

El bandido permanecía cerca de la hoguera, que prestaba á su rostro, á su traje y armas un color rojizo; y todo él, en la oscuridad de la noche, rodeado por la niebla, y con su ademán altivo y torva mirada, parecía querer desafiar los elementos; nuevo Luzbel, que en su insensato orgullo insultaba la cólera de Dios.

Sin embargo, por algun recuerdo quizá, tal vez único resto de la religion que habia venerado en mejores dias, conservaba un lujoso relicario con un *lignum-crucis*, y en el reverso pintada una Virgen del Cármen; lo miró con una mezcla de altivez y devoción indefinible; sus ojos se arrasaron en lágrimas; se quitó el sombrero, y pareció entregado á una profunda meditacion.

Una voz lastimera, y que pedía socorro, cual si estuviera en la última agonía, llegó á los oídos de Paquiro, que alzándose del suelo, descendió por una estrecha vereda, y con direccion al sitio donde salieron los gemidos.

Algunos instantes despues de haberse separado Paquiro de sus compañeros, el Tano los despertó, pues se oían cada vez mas cerca voces de hombres y pisadas de cabalgaduras.

Salieron á su encuentro, y les mandaron echar pie á tierra. Los que así fueron sorprendidos eran un religioso franciscano y un lego que le acompañaba.

Al presentarse Paquiro el franciscano le suplicó devolviesen algunas sagradas alhajas de su convento; y no pudiéndolo conseguir, prorrumpió en indiscretas amenazas contra los bandidos.

El Tano se amostazó de tal forma, que desenvainando su puñal se fué á él para herirle; mas Paquiro le detuvo.

—Buen fraile, le dijo, vaya con Dios, que sus hermanos no le dejarán perecer; pida limosna, que para él hay caridad; pero nosotros no encontramos mas recursos que el triste que veis.

—¡Cielos! ¿eres tú, infeliz? replicó; aun no te había conocido. Tú, á quien tantas veces he mecido sobre mis rodillas, el hijo del conde de....

—¡Silencio, fraile! silencio! Si osas proferir el nombre de mi padre, ó el mio, la punta de mi puñal dejará yerto tu corazón.

El franciscano, sin temor ninguno, prosiguió:

—Aunque no me hubiera atacado tu cuadrilla, yo te hubiera ido á buscar; desgraciadamente no sabía que eras tú el que bajo supuesto nombre azola la comarca; el que olvidando su santa religion, la caridad y las máximas saludables que te inculcaron en la infancia....

—No estoy para oír sermones, padre; diga pronto lo que quiere, y despache.

—Sí, vas á oírlo. Siendo tan graves los daños que has causado, y diariamente causas á los que tienen la desgracia de caer en tus manos; no habiendo autoridad que pueda sujetarte, ni fuerza armada que pueda impedir tus demasías, ¿quién sino la religion, quién sino el padre de los pecadores, el que con una sola palabra hizo de un bandido como tú un bienaventurado, puede hacer que vuelvas á verdadero conocimiento, y te arrepientas, y dejes tu criminal carrera? Torna á mis brazos, torna, oveja descarriada.

—Padre, os he dicho que ni mi ánimo, ni mi situación, ni el sitio, son á propósito para que prediqueis, os lo repito.

—Con que sigue tu corazón empedernido!...

—Os digo por la última vez que os vayais.

—Tú lo quieres, pues bien, cúmplase la voluntad del Señor! Mira que la iglesia te esclará del gremio de los fieles....

—Miserable! ¿quieres arrebatarme la esperanza, lo único que me quedaba?

—Sí: mira que Dios puede cerrar sus oídos á tus súplicas, que los justos se horrorizan al hablar de ti, y que en el día de la justicia divina....

—Marchaos pronto, porque ya no soy dueño de mí mismo; y creed que sino hubiéseis escitado en mí unos recuerdos que estaban casi perdidos, ya no existiríais.

Los bandidos murmuraban entre sí, y miraban á su capitán, esperando una señal suya para acabar con el sacerdote.

Este fijó su vista en el relicario de Paquiro, y arrancándoselo cuando estaba en un momento de abstracción mental, le dijo:

—No eres digno de poseer esta santa reliquia; tu mano, teñida en sangre de los hombres, profana el *lignum-crucis* y tinto en la sangre de Dios.

Paquiro quedó sorprendido por algunos ins-

tantes; despues sacó su puñal, y corrió detrás del fraile, que se colocó sobre una peña al borde de un precipicio horrendo.

—Dame mi relicario, fraile maldonado! no me quites mi única esperanza de salvación.

—Nunca! dijo, y lo tiró al abismo; tu alma no hallará reposo hasta que seas digno de tener esa santa reliquia.

El bandido dió un grito ronco, que se asemejó al ruido de un león, y fué á clavar su puñal en el corazón del franciscano, que al hacer un ligero movimiento de sorpresa dió un salto, y cayó al profundo, exclamando: Dios te perdone!

Algunos segundos se le vió oscilar en los aires; despues se perdió á la vista.

Paquiro, por un movimiento casi involuntario, dió con su puñal en la peña; que saltó hecho pedazos. Permaneció algunos momentos inmóvil; despues gritó con voz ronca y destemplada:

— ¡Al arroyo todos! Ofrezco mil duros al que me presente el relicario! Todos descendieron en tropel. Desde entonces el sitio desde donde cayó el franciscano, que está en lo mas encumbrado de Despeñaperros en Sierra-Morena, fué llamado por todos los del pais el *Salto del fraile*.

III.

MAN.—No temas, no; tan solo ha sido un sueño; una ilusión, pero horrorosa...

El Trovador.—García Gutiérrez.

Empezaba la claridad á disipar las sombras de la noche.

Oíanse el canto del gallo del cercano otero, el ladrido del mastín que guarda el rebaño, las cencerías de los valientes toros que pacen en las laderas, la voz del robusto labrador que pone el yugo á sus soberbias frentes, y el balido del tierno cabritillo que salta alegre de una en otra peña. El ruido atronador del torrente que desde alta roca cae despeñado, envuelto en blanca espuma; mil arroyuelos que con dulce murmullo

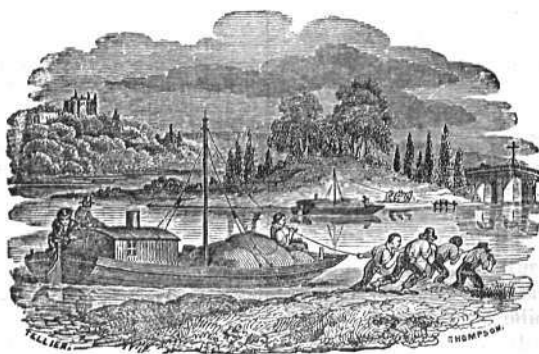
bajan de la sierra; los trinos del melodioso cantor de las selvas; y la voz argentina de la zagala que juguetea en la pradera.

Hora llena de encanto, y que tiene siempre algo de nuevo para nosotros; transición sublime de las tinieblas á la luz.

Admiraba Teresa el cuadro grandioso que la naturaleza presentaba á su vista; recostada sobre una peña; la cabeza apoyada en su mano; y con la otra jugando distraída con las hermosas trenzas de sus cabellos humedecidos por el ambiente de la mañana.



(Se continuará.)



Festividades religiosas.

SANTIAGO.

A las siete de la mañana, desembarqué, cerca del grandioso Puente Cesures, construido sobre el Ulla por las lecciones de Augusto. Hasta este punto, que puede considerarse como el último término de la ría de Arosa, suben fácilmente las

embarcaciones menores, y sirve así de puerto al comercio de Santiago, de donde solo dista tres leguas de hermosa carretera. Es deliciosísimo hacer á remo esta travesía, y ver pasar los amenos paisajes de una y otra márgen, y en ellos interesantes memorias de los siglos anteriores. Aquí se descubre la arruinada capilla de los Virjenes; allí los últimos eslabones de la gran cadena que cerraba la embocadura de la ría; mas, allá los restos de las Torres doeste, faro romano que guiaba al puerto y le protejía; del otro lado las fértiles aldeas de Laña y de Dordo, cimentadas sobre los vestigios de una ciudad griega; y por fondo á todo esto una dilatada campiña, que llena el alma de ilusiones, de amor y de ventura con tantas aguas, tantos árboles, tanta sombra, y tanto verdor.

A media legua del puente está la villa del Padrón, la *Iria Flavia* de los romanos. Su pobre parroquia descansa en la márgen del río Sar, sobre el mismo punto en que haró el esquife conduc-

tor del Santo cuerpo del Cebedeo. Sobre la altura, en el peñón de enfrente, el abandonado convento de Carmelitas dominaba la que fué ciudad de cien mil habitantes, y allá lejos yace solitaria santa María Adina, apartada colejiata de hoy, central metrópoli de entonces. No obstante, esta humillada villa todavía se acuerda de haber sido el primer depósito del Apóstol sepultado en Compostela, de haber tenido silla episcopal, suntuosos palacios, y trovadores como Rodríguez de Padron. Conserva ufana numerosos testimonios de sus antiguas glorias; pero yo no pude detenerme á examinarlos, porque era vispera de la festividad de aquel Apóstol, y debía hallarme en Santiago antes de las doce.

Delante y detrás de mí caminaba con igual motivo un inmenso gentío. La hermosa carretera, en medio de las feraces vegas y de las voluptuosas florestas, semejaba una gran culebra con su piel manchada de mil colores, arrastrándose al sol por campos de verdura. Contemplándola, parecía que un pueblo entero mudaba de domicilio; y oyéndole hablar diversas lenguas se creería que procedía de una nueva Babel, si los diversos trajes y tan distintas fisonomías no revelaran que sus diferencias eran profundas, esenciales. La concurrencia de romeros era mayor cuanto mas nos acercábamos al término de la jornada. Las gentes del país, en traje de fiesta, venían por todas partes hacia la carretera; por enmedio de los bosques umbríos; por los senderos ocultos entre las mieses; bajando las fragosas pendientes de las colinas; bordeando los vallados cubiertos de zarzamoras y de madre-selva. Divididos en numerosos grupos, distraían su cansancio y su afán con sentidas canciones, con graciosos dichos, ó con cuentos tradicionales de antiguo origen, aplicados á cada cruz que descubrían, á cada ermita, á cada árbol añoso, ó á cada resto misterioso de lo pasado. La alegría pintada en todos los semblantes, y la variedad de cuentos graciosamente relatados por aquellas pobres gentes, crónicas vivas de su país, me causaban tal placer, que á pesar de mi afición al reposo, si en todas las ocasiones hubiera de hallar tan placentera compañía y paisajes tan amenos, de buena gana viajaría toda la vida, aunque tuviese que andar á pie descalzo, y proveerme de bordon con calabaza, y de esclavina de cuero, como los muchos peregrinos que encontrábamos.

Caminaba, pues, adormecido por halagüeñas sensaciones, cuando me sacó de mi enajenamiento una exclamación universal de gozo, debida á que se divisaban ya las erguidas torres de la Metrópoli compostelana. Los peregrinos se arrodillaron, besaron el suelo, y empezaron á cantar devotas preces, cada cual en su lengua. Los demás corríamos en silencio á la ciudad, que se iba enseñoreando poco á poco del horizonte, con sus elevadas torres y medias naranjas, y en derredor millares de chimeneas coronadas de blancos penachos de humo.

II.

Por la parte de Oriente presenta la catedral de Santiago una perspectiva grandiosa, embellecida con molduras, rosetones, balaustradas, galerías y cúpulas, descollando entre todo á unos 300 pies la elegante torre del reloj. Las severas formas de la arquitectura griega, las reminiscencias árabes, los restos góticos y los caprichos churriguerescos reunidos aquí, constituyen un todo magnífico, hacia cuyo promedio está la *Puerta Santa* con sus pilastras enjendradas por el módulo, sus nichos abiertos y adornados segun los preceptos de la escuela borroniana, y dentro de ellos los 24 ancianos, despojo gótico de la antigua puerta de los *Perdones*. Las vicisitudes de los tiempos han combinado estos elementos extraños para enseñar al arte, que por extraños que parezcan, todos ellos son elementos de belleza, de que debe apoderarse para usarlos sin exclusión alguna en sus nuevas creaciones.

Las otras dos puertas de esta fachada, miradas aisladamente, no ofrecen interés alguno. Ambas pertenecen á la época de lucha en que lo antiguo volvía á humillar lo nuevo; en que el *buen gusto* adquiría otra vez el imperio que le habia usurpado el atrevido Ribera y sus ignorantes discípulos; ignorantes principalmente, porque al enarbolar los primeros la bandera de la *emancipación del genio*, no tomaron precauciones para asegurarla contra los embates de la crítica, ni supieron aprovecharse del aura popular que los halagaba, y de la perfecta armonía en que estaban sus fantásticas formas con las ideas de entonces, y mas aun con el porvenir que presajaban.

En frente de esa fachada, misto agradable de todos los gustos y de todas las épocas, está el convento de monjas de S. Payo; á la derecha dos casas del cabildo con espaciosos soportales; y á la izquierda una prolongada escalera coronada de casas. Entre estos límites se estiende la *Quintana de muertos*, olvidado cementerio de nuestros mayores, y hoy *Plaza de la independencia*. A las doce menos cuarto se hallaba enteramente cubierta de una mies espesa de vivos, inquietos y locuaces. También se veían llenas de gente las galerías de la catedral, todas las ventanas, todos los balcones. La escalera parecía un circo romano durante un combate de gladiadores; y así en ella como en la plaza se notaba una violenta fermentación acompañada de un rumor sordo que desvanecía la cabeza.

La disforme campana del reloj da el primer golpe de las doce. Repentina gritaría sigue al son atronador de la campana. Las de la catedral y las de la población la responden con bullicioso repique. Cohetes sin número cruzan el aire en todos sentidos. En medio de la plaza conmueven la tierra estampidos como de cañon, alternados con chasquidos continuos. Espesa humareda se levanta de aquel recinto. La puerta de la Tri-

nidad se abre de par en par, y todos se fijan en ella. Crece la algazara; los oídos ensordecen, y al través del humo difundido se ven ocho gigantes que salen bailando al son de la gaita y del tamboril.

Hasta este punto, á pesar de tan estrepitoso regocijo, resto de la antigua fe y amor, me habia ocupado simplemente en comparar las épocas y lo diminuto y perecedero del hombre con aquellos edificios colosales y permanentes, obra de sus manos. Ahora á estos pensamientos se añadan otros nuevos, advirtiendo en los gigantes los verdaderos hombres que correspondian á los monumentos presentes. Todos examinaban con placer aquellos seres extraordinarios, fabricados acaso para recordar que las cuatro partes del mundo enviaban un día peregrinos á Compostela, mientras ellos, unos en pos de los otros, pasean tres veces la plaza, y otras tantas danzan con mesurados pasos delante la *Puerta Santa*, puerta del Cielo, que solo se abre los años de jubileo. Despues se van de calle en calle precedidos del tamborilero y del gaitero en traje de arlequines, llevándose tras sí á los muchachos, á los aldeanos, y á muchos forasteros.

(Se concluirá.)

MELODIA HEBREA.

En mi pecho florido
Allí quedó dormido....
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo, y dejéme;
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado....
SAN JUAN DE LA CRUZ.

Miradla; sus bellos ojos
Rádan misteriosa lumbre,
Cual las tímidas estrellas
En los espacios azules.

El negro cabello en ondas
Mal el albo cuello encubre,
Y á las voladoras auras
Presta célicos perfumes.

El candor y la inocencia
En su pura frente lucen,
Dejando ver de su alma
La dulce paz, las virtudes.

Y si en los felices climas,
Que nunca entutan las nubes,
Os estasiaron la mente
Las tintas vagas y dulces,

Que aliadas en la tarde
La sombra y la luz difunden,
Decidme, ¿no os lo recuerda
Ese rostro de quercube?

Blanda es su voz, cual los ecos
De los sonoros laudes,

Y su mirada es consuelo
Del que mal acerbo sufre.

Semeja su esbelto tallo
Que su majestad arguye,
Palmera que en el desierto
Lánguido el viento columpie.

Ni una sombra mas, ni un rayo,
Esa armonia destruye,
Ni la gracia, inesplicable
Que el corazón nos seduce.

Salve, Virgen de Salem,
Salve; tú las inquietudes
A calmar vienes de un alma
Que amor combate, y prorrumpe

En acentos de ternura,
Cuando tu beldad descubre;
O en éstasis mudo, lánguida,
Desfallecida se hunde.

Ven, Sulamita; á mis lábios
Esos bellos lábios une,
Y enláncense nuestros brazos
Como ramas de abedules.

¡Ah! que también en tus ojos,
La llama de amor fulgure,
Y que de amor en tu boca
Los tiernos ayes escuche!

No en importunos cendales
Tu pecho gentil ocultas,
Y al besarle la luz pálida
De la luna en el vislumbre.

Ven, paloma mia, al bosque
De tamarindos; y arrulle
Nuestro amor, verde ramaje
Que al soplo del aura ondula.

Y el manantial que entre flores
Sus mansas linfas conduce,
Y los melodiosos trinos
Que algun ruiseñor module;

Guirnalda de nardo y rosas
Daré á tus sienes mas lustre,
Y de las vides, el jugo,
Esa timidez sepulte.

R. MIRAZA.

